



Giscard ha liquidado al escendente y veloz Chirac, ha cortado el paso a la sombra que comenzaba a taparle y ha puesto en su lugar a un economista, Raymond Barre, que no es degolista. En la foto: el nuevo primer ministro, a la izquierda, y Chirac salen de la sede del Gobierno francés tras el relevo.

CAMBIO EN FRANCIA

TAL vez Giscard d'Estaing se había encontrado demasiado prisionero del "continuismo". Medidas y proporciones, en este caso de Francia, no son, naturalmente, las españolas. El continuismo del general De Gaulle no ha sido nunca excesivamente dogmático: Francia es un país de sociedad conservadora, pero bastante flexible. El conservadurismo francés consistiría en mantener la solidez, la calidad de un pasado: el español, en mantener su tensión, su belicosidad. El general De Gaulle fue apartado del poder en vida y en plena actividad de gobierno muy personal y muy poco o nada compartido por sus propios sucesores, que lo consideraban como una rémora. Y como un elemento peligroso al que el país, pese a su fuerza, se le había sublevado en mayo de 1968. Podría decirse que el degolismo se sentía más fuerte sin el general De Gaulle, y dejó llegar a Pompidou, que le merecía más confianza que el viejo soñador de grandezas, que hasta un cierto punto fue utilizado. Muerto Pompidou llegó un independiente de derechas, Giscard, que utilizó

las mismas instituciones arregladas por el general para su poder personal: la presidencia larga, los primeros ministros servidores del Presidente. Y el Senado inválido y la Asamblea mediatizada. Pero el degolismo se presentó en forma de primer ministro, que por otra parte venía apoyado por las elecciones de su partido, y por unas cantonales —después— que le daban un gran peso en la derecha. Jacques

Chirac ha sido un primer ministro que desafiaba el poder presidencial. Ya le había sucedido a Giscard esta aventura con otro ministro que tuvo carácter de válido, Poniatowski. Con el general era más difícil, o imposible, esta suplantación de valores. El general se desprendía fácilmente de cualquier primer ministro: se quitó de enmedio a Pompidou cuando éste probó que podía ganar unas elecciones y ser popular (era demasiado tarde, y Pompidou terminó por desplazar a De Gaulle).

Giscard quiso ser "reformista", desnudar al poder de su suntuosa grandeza, de sus decorados y sus enigmas, para vestirse con un traje gris o azul y jugar a la "bonhomie". Se encontró con la rudeza altanera de Poniatowski. Se ha dicho que el ministro del Interior y el Presidente de la República representaban una comedia con un reparto de papeles: el suave y el duro. O el bueno y el malo. Quizá fuese así en un prin-

Eduardo Haro Tecglen

cipio, pero luego siempre hay celos entre los actores. Giscard llamó al orden a Poniatowski, o le privó de algunas fuerzas —no sin dejarle mantener la "ley y el orden", que le convenían—, pero se encontró con otro primer actor que ascendía: Chirac. El joven Chirac, fotogénico y sonriente, capaz de coordinar la mayoría parlamentaria en torno suyo.

Con todo ello, la "reforma" de Giscard no ha sobrepasado en mucho lo verbal. Ha sido una reforma de costumbres. Giscard es de esos

derechistas que creen que la gente no tiene más problemas que los de un excesivo límite en sus libertades personales: de los que creen sinceramente que los problemas de pobres y ricos se han sobrepasado ya, y que las clásicas nociones de izquierda y derecha no existen más que en la trama política. Una "sociedad liberal avanzada", unas nuevas formas de vida más sueltas, menos napoleónicas, podrían sustituir con gracia y con comodidad algunos factores de la lucha de clases. Un poco de divorcio, alguna posibilidad de aborto, ciertas ventajas —y un Ministerio— para las mujeres, una indiferencia en la censura de cine (temas morales) y un poco menos de aburrimiento en la televisión podrían resolver los problemas.

Pero los problemas han ido saliendo a medida que los años transcurrían. La oposición de la izquierda se ha ido haciendo fuerte: todas las tentaciones puestas a Mitterrand para que abandonase a los comunistas han sido vanas. Tentativas de dos clases: las de halagar y prometer, por la vía de Giscard, y las de amenazar y tronar, por la vía de Poniatowski y la de Chirac, que se han disputado ardientemente el primer puesto del anticomunismo. Todas las posibilidades de restaurar las finanzas han fallado: el franco va muy mal. Todas las de independizarse de los Estados Unidos han fracasado. La última llamada de atención, la de Kissinger al advertir que no estaba dispuesto a que Francia vendiese ciertas fábricas de carácter nuclear a Pakistán. Se dice que aquí hay una clave de la crisis: los Estados Unidos han podido ganar con el nuevo primer ministro, Raymond Barre, lo que estaban perdiendo con Chirac y con Poniatowski. Quizá sea una última argucia de éstos: esgrimir la bandera siempre admirada de la independencia nacional, sobre todo con respecto a los Estados Unidos. Sobre todo este panorama, a Giscard se le ha presentado un poco por sorpresa el renacimiento de la lucha de clases. Cuando creía que los pobres estaban contentos y que con un poco de divorcio y un poco de cine —panem et circenses— iban a conformarse, las formas de crisis económicas apretadas sobre el país desde dentro y desde fuera y la respuesta de tipo capitalista las han actualizado. Las respuestas del poder francés han hecho que si los ricos no pueden por ahora ser más ricos, los pobres están siendo cada día más pobres. Ha recaído sobre ellos, como es tradicional, el peso de la inflación. Se veía ya venir la amenaza típica de estas fechas: el "otoño caliente", la "rentrée". El regreso a la atmósfera de los vacacionistas, de los veraneantes, y el encuentro con una atmósfera mucho más pesada, mucho menos respirable. Con los sindicatos en pie de guerra.

Cuando en España se ha barrun-

tado que algo así iba a pasar, y que iba a sorprender al Gobierno en plenos planes de reforma, pero sin fruto oportuno que ofrecer, se ha subido el precio de la gasolina. Cuando se ha planteado en Francia, se ha cambiado al Gobierno. Giscard ha liquidado al ascendente y veloz Chirac, y ha puesto en su lugar un economista. Que no es degolista. Por primera vez un ministro no pertenece al partido del general. Y se le encomia por su capacidad científica. Dentro del juego político interior, Giscard ha cortado el paso a la sombra que comenzaba a taparle, que estaba dentro del poder haciendo ya sus oposiciones a Presidente de la República. Pero, al mismo tiempo, trata de hacer frente a la situación del país. Trata de refrescar su República, que ha ido debilitándose en unos años de maniobras políticas típicas, pero de escasa modificación de las condiciones de vida en el país. Todo se ha ido deteriorando, y parece necesario restaurarlo. Con un aprovechamiento continuista, desde luego: las mayorías parlamentarias no pueden dejar lugar a otra cosa. Muchos miembros del UDR van al Gobierno, algunos ministros permanecen en sus cargos. La clase política está siempre a punto para sustituirse a sí misma. Ni siquiera si se hubiesen llevado a cabo las elecciones legislativas anticipadas que quería Chirac —y esto podría ser una de las claves de su despedida— la hubiesen cambiado mucho. No parece que en ese momento de las elecciones anticipadas la oposición de izquierdas estuviese enteramente a punto para tomar el poder por vía electoral, aunque existía ese riesgo.

Al romper el continuismo que le envolvía y desprenderse de las últimas sombras chinecas del general, proyectadas en la pared del Eliseo, el Presidente pretende por fin lo que ha querido siempre: dar su sello personal al régimen. Es decir, buscar la derecha civilizada (es mucho suponer que De Gaulle no fuese civilizado: pero algunos de sus epígonos y continuadores no lo fueron desde luego), la derecha liberal que ha de ofrecer como una alternativa a la alianza de la izquierda. Un viejo sueño. Se alienta también en España. El problema está allí como aquí en dominar a la derecha salvaje y hacerla entender que su alternativa no es válida, y que un pueblo con cierta blandura política desea en realidad no tener aventuras. En lugar de apresurar las elecciones para canalizar la autoridad establecida y arrebatar por cualquier vía sus posibilidades a la izquierda, desde dentro de un "bunker" —sigo diciendo que medidas y proporciones son totalmente distintas en España— como pretendía Chirac y como quizá —es una suposición— hubiese gustado Poniatowski, a pesar de su conocida enemistad con Chirac —le hu-

biese gustado por lo que tiene de prueba de fuerza—, Giscard pretende crear esa alternativa con seguridad y solidez en el tiempo que falta para las elecciones, según el calendario establecido. Es decir, hasta marzo de 1978. Diecinueve meses para recoger y ampliar la mayoría, para darle un nuevo objetivo que no sea el dominio absoluto, para convencerla —y, con ella, al gran centro del país— de que un capitalismo moderno y abierto es todavía posible, y de que el liberalismo-conservador no ha perdido todavía sus posibilidades históricas.

Cierto que el peor enemigo de Giscard en este juego político no es tanto Mitterrand como el propio Chirac. Y que podría repetirse de alguna manera el escenario De Gaulle-Pompidou: el general echó a su primer ministro que le quitaba poderes, y el primer ministro caído echó al general. Puede que Giscard tenga más fuerza y más experiencia y evite esa terrible aventura. Los dictadores son ingenuos en política, entre otras cosas, porque todavía confían en la magia o en el carisma. Los políticos profesionales permanecen mejor porque conocen el valor muy superior de la maniobra. Y Giscard es un gran profesional de la política. Chirac va a disputarle ahora la mayoría a Giscard: se considera —como se consideró Pompidou en los últimos tiempos del general— su jefe, su modelador o, como se ha llamado ahora su coordinador. Quizá toda la gran derecha prefiera el valor más seguro de Giscard, su verdadero baluarte frente al poder electoral de la izquierda, que al aventurero Chirac, que ha ascendido demasiado de prisa. La derecha tendrá que optar por el poder presidencial ejercido por un Presidente reformista o la vuelta a los jefes de Gobierno. Tal como ha quedado formado el Gobierno, con sus dosificaciones conocidas y su predominio del degolismo histórico, la mayoría no tiene mucho que temer de las roturas de Giscard y, sin embargo, este Gobierno refuerza el presidencialismo. El poder no se debilita para los partidarios de "ley y orden": Poniatowski sigue siendo ministro del Interior. El anticomunismo de fuerza está asegurado, al mismo tiempo que se emprende el anticomunismo de reforma. O sea, el "giscardismo", como se pretende llamar a esta resurrección del Presidente Giscard.

Esto es lo ideado: un Gabinete continuista según las dosificaciones de la mayoría derechista, una seguridad en el orden público, un tratamiento inmediato de la economía con vistas también a una mayor justicia social, un liberalismo más acentuado y una alternativa del capitalismo moderno.

De ello a que se consiga hay un enorme trecho. Tal vez no se pueda colmar. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

EL SUEÑO DEL PASADO INVISIBLE

FORD se ha referido con sarcasmo a su rival para las elecciones de noviembre, Carter: "Hace año y medio no le conocía nadie". ¿Cómo va a superar Ford esa ventaja de su enemigo? Porque a Ford ya se le conocía hace año y medio. Los ciudadanos del Imperio, incluidos los que no tenemos derecho a voto en las elecciones para la Presidencia de los Estados Unidos, preferimos quizá a los grandes desconocidos. Más vale malo desconocido que bueno conocido. Este hombre del pasado invisible se superpone a los terribles pasados de la Casa Blanca. Al pasado de Watergate. Ofrece la alternativa de partir de cero.

¿Cómo gustaría ver en este país políticos que partieran de cero! Con una hoja en blanco en el lugar de su biografía. Frescos y nuevos. Rostros que no estuvieran cegados ya por los "flashes" de los fotógrafos y los reflectores de la televisión. Estamos hartos de profetas del pasado, de ayer o de antes de ayer. De carreras brillantes, de números uno de oposición, de educandos disciplinados de un régimen —y sus escuelas, y sus secuelas— que tenía un molde uniforme para fabricar estos caballeros autosuficientes. Las mismas voces, el mismo lenguaje, la misma sonrisa ufana prefabricada. Caras de casta, caras de clase. Triunfadores natos que cuando nacieron debertan haber sido ceñidos en pañales con la bandera nacional.

Una parte del sueño americano es el de partir de cero. Volver a empezar. Es el sueño oficial de la democracia. Que el poder se renueve continuamente, que el futuro encuentre sus nombres, que la nación tenga "the right man in the just moment", el hombre adecuado para el momento preciso. Sueño sin cesar roto. Carter, a fin de cuentas, viene del mismo pozo político de donde se sacó a Ford. Tiene la sonrisa y la palabra que aconsejan los técnicos. Pero tiene por lo menos un pasado aburrido.

Aquí se inventa el pasado, como se inventa la Historia. Cada político ascendente se crea el suyo. Sobre los mismos datos. El pasado se les arregla hasta a los muertos. Hace unos días, al morir Tomás Borrás, se ha podido escuchar en la radio una frase suya según la cual España era un país demócrata, con tradición y tendencia democráticas. Espigada, sin duda, entre cientos de frases de defensa del autoritarismo, de la autocracia, de la dictadura. Tomás Borrás era una excelente persona de ideología fascista y no la abandonó nunca. Pero para que entre ahora en el panteón de los muertos ilustres hay que inventarle un pasado demócrata. Suárez declara a "Paris-Match" que fue Franco quien le ordenó dar la batalla por la democracia. Franco; otro gran demócrata.

¿Habrá un día una constelación de hombres sin pasado, con sólo sentido de futuro? ¿Habrá un día un cero absoluto a partir del cual empezar todo? No. Viejo sueño, vieja utopía. La sonrisa de Carter, su aire de recién llegado, tampoco es verdad. Es otra máscara del mismo poder. Del poder de siempre.

POZUELO